

lo contrario; decoraban los muros con piedras labradas, y "en torno de las puertas y ventanas, á manera de lazos, y en algunos edificios había una gran sierpe de piedra, en actitud de morderse la cola, despues de haber girado el cuerpo en torno de todas las ventanas de la casa." (1) En México se empleaba comunmente por piedra de construccion el *tetzontli*, y no les eran extraños el jaspé y el *tecalli*, del cual dicen usaron alguna vez en láminas delgadas como de vidrieras. Los muros eran verticales: refiere Clavigero (loco cit.), que algunos pensaron que los méxica, á semejanza de los mixteca, levantaban las paredes sosteniéndolas por montones de tierra laterales; esto le parece falso. En efecto, aun cuando no nos ocurra una autoridad directa, encontramos pasajes en que se traslucen los andamios: el hilo á plomo es un descubrimiento de los más sencillos y primitivos.

Gran lujo de decoracion desplegaban los méxica en sus *teocalli*. Las capillas del templo mayor: "Son tan bien labradas, así "de cantería, como de madera, que no pueden ser mejor hechas, "ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro "de las capillas donde tienen los ídolos, es de imaginería y za- "quizamies: y el maderamiento es todo de masonería, y muy pin- "tados de cosas de mónstruos, y otras figuras y labores. Todas "estas torres son enterramientos de señores: y las capillas que "en ellas tienen, son dedicadas cada una á su ídolo á que tienen "devocion." "Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, don- "de están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altu- "ra y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería "como en el maderamiento." (2)

Adelantados estaban los méxica en arquitectura, como se advierte por estas descripciones; pero indudablemente no tan adelantados como algunas de las naciones que les precedieron. No dejaron un templo como el de Xochicalco, ni palacios como los de Mictlan, ni grandes edificios como los del Palenque, Uxmal ó Chichen Itzá.

"Se entra á ella (la ciudad de México) por tres calzadas altas, "de piedra y tierra, siendo el ancho de cada una de treinta pasos "ó más: una de ellas corre por más de dos leguas de agua hasta

(1) Clavigero, tom. I, pág. 377.

(2) Cartas de Cortés, en Lorenzana, pág. 106.

"llegar á la ciudad, y la otra por legua y media. Estas dos calzadas atraviesan el lago y entran á lo poblado, en cuyo centro "vienen á reunirse, de modo que en realidad son una sola. La "otra corre como un cuarto de legua, de la tierra firme á la ciudad, y por ella viene de tres cuartos de legua de distancia, un "caño ó arroyo de agua dulce y muy buena. El golpe de agua es "más grueso que el cuerpo de un hombre, y llega hasta el centro de la poblacion: de ella beben todos los vecinos. Nace al "pié de un cerro donde forma una fuente grande, de la cual la "trajeron á la ciudad." (1) Estas obras hidráulicas tenían su importancia; construidas sobre los lagos, á veces en partes profundas, estaban sostenidas por estacadas firmes, piedra y arena, con la superficie plana como la de la mejor calzada europea: cortadas por anchos y profundos fosos, que así servían para defensa de la ciudad, como de tránsito á las canoas ocupadas en el tráfico. De mucho mayor mérito era el dique construido para defender á México de las inundaciones; obra colosal que aún subsiste en nuestros dias, bien que muy menguada.

Había caminos públicos que reunían entre sí las poblaciones; aunque no siempre demandaban grandes obras, pues estaban destinados á viajeros de á pié, la autoridad pública cuidaba de ellos, haciéndolos reparar en la estacion seca. Pasábanse los rios por medio de balsas, canoas, maromas ó puentes colgantes formados de fuertes y gruesos bejucos, unidos por atravesanos de madera y suspendidos á los árboles de ambas riberas: los puentes de mampostería eran pocos y sobre las corrientes pequeñas.

La arquitectura militar estaba en consonancia con la fuerza de las armas empleadas. Consistía en murallas de piedra seca, de ramas y tierra, de adobes ó de piedra y mezcla, con su parapeto y foso: generalmente las puertas de entrada eran dos curvas concéntricas. Las ciudades de importancia tenían á veces dos ó más recintos fortificados, por otras tantas murallas, completando la defensa interior los *teocalli* y sus patios cercados. En las fortificaciones cuyas ruinas subsisten todavía, se observa que las cortinas siguen el perímetro del lugar, sin atender en apariencia á otra circunstancia; en algunas, sin embargo, se descubre cierto estudio topográfico, y que los obstáculos están aglomerados en

(1) Conquistador anónimo, en Icazbalceta, tom. I, pág. 391.

los sitios más débiles. Formaban también baluartes ó reductos, como el fuerte nombrado Xoloc en las calzadas de México. "E así "seguí la dicha calzada, dice D. Hernando Cortés, y á media le- "gua ántes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitan, á la "entrada de otra calzada que viene á dar de la tierra firme á esta "otra, está un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de "muro de dos estados, con su pretil almenado por toda la cerca, "que toma por ambas calzadas, y no tiene mas de dos puertas, "una por do entran y otra por do salen." (1)

En el ataque de aquellas plazas fortificadas, ponían flecheros y honderos á desalojar de lejos á los defensores de los muros, mientras los asaltantes arrimaban las escalas; formaban con gruesas tablas un ingenio semejante al de la tortuga romana, á fin de acercarse á la muralla para abrir la brecha, colmando ántes los fosos con fagina; sabían también, en los terrenos á propósito, abrir minas para penetrar al interior por debajo de las murallas. En la defensa, conocían las abatidas de piedras, ramas ó árboles; defendían el asalto á los muros, además de con sus armas, arrojando sobre el contrario, grandes piedras, gruesas vigas y cuanto pudiera ofender. Su empleo era la guerra, y la habían estudiado hasta donde sus necesidades alcanzaban.

Pasando á la escultura, los grandes trozos esculpidos que nos quedan no pueden servir para formar acertado juicio acerca de la aptitud de los artífices méxicos, pues por lo general son bultos mitológicos, en que los atributos alegóricos y simbólicos predominan, presentándose á nuestra vista como deformes é inartísticos. Sin embargo, se encuentran objetos que revelan gran adelantamiento en el arte. La estatua sentada, en el Museo Nacional, si está lejos de sostener un paralelo con las obras griegas y romanas, ofrece lineamientos firmes, toques vigorosos, buen conocimiento de la anatomía humana. Una cabeza de piedra dura, en aquel mismo lugar, está atacada por mano diestra. Las máscaras de obsidiana son notables por la perfección del contorno; algunas figurillas de barro poco dejan que desear en cuanto al modelado puro y artístico; una máscara de madera es primorosa, bajo el aspecto de la expresión del dibujo.

El estatuario no tenía elementos para llegar á la perfección;

(1) Cartas en Lorenzana, pág. 78.

faltábale el estudio de las ropas en trajes vistosos y galanos, y sus creencias religiosas no le permitían ejercitarse en el cuerpo desnudo, pues los dioses no se complacían en mostrar sus bellezas plásticas. Pero en cambio, el escultor y el picapedrero subieron á un punto que nos parece admirable; admirable, sí, porque sus relieves en piedras duras son bien acabados, y no debe ponerse en olvido que carecían de instrumentos de hierro. Se les objeta el recargo de adornos fantásticos; mas esta es cuestión de gustos, de usos y de creencias. Este sentir no es sólo nuestro. "El que pudiere podrá ver dos figuras hechas á lo anti- "guo, en el bosque de Chapultepec, que son retratos de dos re- "yes mexicanos, las cuales están esculpidas en dos piedras duras, "nacidas en el mismo cerro, la una de muy crecida estatura y la "otra no tanto; pero tan enriquecidas de labor de armas y plu- "mas á su usanza, que parecen más labradas de cera que de la "materia que son, tan lisas y limpias que no parecen hechas á "mano." (1) "Y no le parezca á V. A. fabuloso lo que digo, pues "es verdad que todas las cosas criadas, así en la tierra como en "la mar, de que el dicho Mutezuma pudiese tener conocimiento, "tenía contrahechas muy al natural, así de oro y plata, como de "pedrería y de plumas, en tanta perfección que casi ellas mismas "parecían." (2) Alaban estas palabras no sólo á los plateros y fundidores, sino también á los modeladores y oficiales de mosaico, cuyos trabajos descansaban en la escultura y la pintura.

Para las obras que llevamos enunciadas eran precisos oficiales albañiles, arquitectos, ingenieros, escultores, estatuarios, picapedreros, carpinteros, entalladores, plateros, fundidores, joyeros, lapidarios, pintores decoradores, formadores de mosaico de pluma: del pintor hablaremos en su lugar, y proseguimos la enumeración de las otras artes y oficios.

Respecto de las telas producidas por los tejedores, eran de algodón, de algodón con plumas ó pelo de conejo, ó de pita ú otros materiales. "Unas eran gruesas como angeo ó brin; otras delgadas y tupidas como ruan, y otras más delgadas á manera de toca, y muchas como amaizales moriscos; eran finalmente como las querían." (3) "Demás de esto me dió el dicho Mutezuma

(1) Torquemada, lib. XIII, cap. XXXIV.

(2) Cortés, cartas en Lorenzana, pág. 99.

(3) Torquemada, tom. II, pág. 488.

mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodón y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantas ni tan diversas y naturales colores ni labores, en que había ropas de hombres y de mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas, que hechos de seda no se podían comparar: é había otros paños como de tapicería que podían servir en salas y en iglesias: había colchas y cobertores de camas, así de pluma como de algodón, de diversos colores, asimismo muy maravillosas; y otras muchas cosas, que por ser tantas y tales, no las sé significar á V. M." (1)

Los alfareros conocían el torno. Los trastos comunes no tenían vidriado, pues éste le aprendieron despues, de los españoles. Los vasos finos son de elegantes formas, con una especie de barniz de un ocre rojo, sobre el cual se ven pinturas de objetos simbólicos ó simplemente decorativos. A veces están labrados como en relieve, por medio de patrones de barro cocido, de los cuales quedan algunos, curvos en el frente y con una agarradera para manejarlos. También hay utensilios representando figuras grotescas, animales, ó combinaciones caprichosas. Tenemos tres vasos procedentes de sepulcros en Cholollan, primorosos por los símbolos de los días del mes que tienen pintados; pinturas de tanta firmeza, que á pesar de haber estado bajo tierra, sin duda más de cuatro siglos, se conservan frescas como el primer día.

Los zapateros hacían los *cactli* ó sandalias de la pita del maguey; para los principales iban forrados con algodón, y los muy finos eran pintados y dorados. Los curtidores adobaban los cueros del venado, del tigre y de otros animales, con ó sin el pelo, de diversos colores, y tan blandos que parecían tela: preparábanlos también para la escritura. Tenemos indicados ya, los fabricantes de esteras, de *xicalli*, de objetos de obsidiana, &c. (2)

Terminando con la lám. 71 del Cód. Mendocino, de la persona representada en el número 21, dice el intérprete que es, "vicioso de mala lengua y chismoso." Puede ser, mas á nuestra cuenta es el petimetre mexicano; indícanlo el traje cuidado, y las orejas que le sirven de nombre, radical de los verbos *nacazieteca*, echarse de lado, asomarse á mirar algo, ó *nacazilla*, mirar á otro

(1) Cartas de Cortés en Lorenzana, pág. 99-100.

(2) Para las diversas artes entre los méxica, véase Torquemada, lib. XIII, capítulo XXXIV. Mendieta, lib. IV, cap. XII.

con afición. Joven baldío que se contonea, mira á las mujeres con descaro, y es ocioso, parlador y de malas costumbres. Los números 28 y 29 motejan el vicio de la embriaguez. Hombre y mujer toman el *octli*, de cuyo uso inmoderado se sigue el abandono de todo, cual lo indican el arca abierta, el maíz derramado así como los frijoles y la chia, el cántaro volcado; lleva finalmente al robo y la muerte marcados por el núm. 30.

En seguimiento de nuestro guía hemos divagado por donde nos condujo; abandonados ahora á nuestra voluntad, terminaremos este capítulo dando idea de la medicina de los nahoa. Don Hernando Cortés, haciendo la descripción del mercado de México, dice: "Hay calle de arbolarios donde hay todas las raíces y yerbas medicinales, que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así "potables, como unguentos y emplastos." (1) En efecto, los nahoa sacaban principalmente sus medicinas del reino vegetal, bien que entre sus remedios se contaran muchos de los reinos animal y mineral. Aquellas drogas se ministraban en forma de infusiones y cocimientos de las hojas ó raíces; gomas y resinas en lamedores y polvos; comidas las carnes de algunos animales; triturados los huesos ó las piedras: tenían también emplastos, unguentos y aceites. En lo relativo á la cirugía sabían curar acertadamente las heridas, componer los miembros dislocados, y sangrar con puas de maguey ó lancetas de *itzli*.

Los bárbaros chichimeca no conocían ni aplicaban medicina alguna; si álguien enfermaba, y á los tres ó cuatro días no sanaba, juntábanse los parientes en acuerdo, acabando por meter una flecha por la hoya de la garganta al paciente; "y los que ya eran "muy viejos ó viejas, los mataban así mismo con flechas, diciendo que con aquello les despenaban, porque ya no pensasen más "en el mundo, y porque no tuviesen ya lástima de ellos, y los "enterraban con muy gran regocijo, y les duraban las fiestas del "entierro dos ó tres días con gran baile y canto." (2) Se atribuye á los tolteca la enseñanza de los primeros preceptos médicos; de aquella nación se transmitieron á los pueblos nahoa, formándose al cabo un cuerpo de doctrina fundado en la experiencia y la ob-

(1) Cartas en Lorenzana, pág. 103.

(2) P. Sahagun, tom. III, pág. 119.

servacion. Algunos individuos se dedicaban á la profesion médica, y como generalmente el hijo seguía el ejercicio del padre, la ciencia adquirida no se malograba, y aun acrecía durante los siglos por medio de las herencias repetidas. Toda la gente del campo conocía ademas las virtudes de las yerbas, ya que estaban obligadas á buscarlas para mantenerse ó curarse. (1)

Nos figuramos que la ciencia médica no se sostenía por sólo la tradicion oral, sino que había escritos algunos tratados. Si ésto no parece verdadero, sí lo es que en las grandes ciudades como México, Texcoco, Tlaxcalla, Cholollan y otras, había hospitales donde acudían los menesterosos á ser curados de sus dolencias. (2) De los medicamentos mexicanos algunos aprovechó la Europa, como el liquidámbar, el copal, algunos bálsamos, la zarzaparrilla, la purga de Jalapa, &c.; mas, en nuestro humilde concepto, nuestros médicos no han sabido sacar todas las ventajas que pudiera proporcionar la ciencia nahoa. Ésta no se perdió con la conquista. Felipe II envió á la colonia á su médico el Dr. Francisco Hernández, quien despues de muchos años de estudio, consultando á los herbolarios y médicos indios, produjo una obra acerca de los productos naturales de nuestro país, en 24 libros y 11 tomos de láminas. Pareciendo muy voluminosa, fué mandada compendiar al médico italiano el Dr. Nardo Antonio Recco, quien en efecto la redujo, bajo la revision del Dr. Valle. Una copia de este manuscrito llegó á México y fué á parar á manos del religioso dominico Fr. Francisco Ximenez; aprovecharonle en sus escritos el Dr. Fr. Agustin Farfan, Juan de Barrios, Alonso López de Hinojoso y otros, hasta que completo vió, por fin, la luz pública en México, (3) año 1615. El tra-

(1) Torquemada, lib. XIV, cap. XIV.

(2) Torquemada, lib. VIII, cap. XX.

(3) Quatro libros de la Natvraleza, y virtvdes de las plantas, y animales que están receuidos en el vso de Medicina en la Nueva España, y la Methodo, y correccion, y preparacion, que para administrallas, se requiere con lo que el Doctor Francisco Hernandez escriuió en lengua Latina. Muy vtil para todo género de gente q. viue en estancias y pueblos, do no ay Medicos, ni Botica. Traduzido, y aumentados muchos simples, y Compuestos y otros muchos secretos curativos, por Fr. Francisco Ximenez, hijo del conuento de S. Domingo de México, Natural de la Villa de Luna del Reyno de Aragon. A Nro R. P. Maestro Fr. Hernando Basan, Prior Prouincial de la Prouincia de Sactiago de Mexico, de la Orden de los Predicadores, y Cathedrá-tico Iubilado de Theologia en la Vniuersidad Real. En Mexico, en casa de la Viuda de Diego Lopez Daualos. 1615. En 4^o

bajo del Dr. Hernández se publicó en Roma, 1651, un tomo folio, y en Madrid, 1790, 3 vol. en 4^o mr. Queda más por consultar en este ramo, si bien se nota estar confundida la verdad de la observacion con recetas empíricas y noticias vulgares. (1)

Los médicos aplicaban la verdadera ciencia, mezclándola con prácticas supersticiosas; invocaban á los númenes, pronunciaban palabras cabalísticas, hacían conjuros; apretaban los miembros dolientes para extraer el mal, seplaban para ahuyentarlo; y uniendo ademas la superchería, chupaban el lugar enfermo afirmando que así sacaban el dolor, en señal de lo cual se extraían de la boca espinas, huesos pequeños ó pedacillos de carbon, diciendo ser aquello lo que causaba la molestia. Créalo la gente ruda, y con tales procedimientos se pensaban mejorados. (2) Estos curanderos, que se nombraban *tellacuilique*, sacaban gusanillos de la boca y los ojos, y pedrezuelas de las demas partes del cuerpo. Había tambien adivinos que echaban suertes para augurar el término de las enfermedades. Tomaban un puñado de maíces gruesos, y revolviéndolos como dados los tiraban siete ú ocho veces: si algun grano quedaba enhiesto señal era que el enfermo moriría. Tenían un manojo de cuerdas atadas de cierta manera, que llamaban *mecatlapouhque*; lanzándolo al suelo, si las cuerdas quedaban retorcidas ó revueltas señal era de muerte, mas si una ó muchas quedaban extendidas augurio era de vida, pues el paciente comenzaba á estirar manos ó piés. Si alguno enfermaba de calenturas recias, hacían un perrillo de masa de maíz, le ponían sobre una penca de maguey y de mañana le colocaban á la orilla del camino; el primero que por allí pasara se llevaría la enfermedad en los zancajos. Era mal agüero el temblar de los párpados y el mucho pestañear. (3)

Las mujeres practicaban la medicina; exclusivamente estaban encargadas de las dolencias de las mujeres grávidas, y presidían á la hora del alumbramiento. Ya hemos dicho cómo procedían en estos casos. (4)

(1) P. Sahagun, de las yerbas medicinales, tom. 3, pág. 249-81; de las piedras medicinales, tom. 3, pág. 284-87, &c.

(2) Torquemada, lib. XIII, cap. XXXV.

(3) Mendieta, lib. II, cap. XIX; P. Sahagun, tom. 1, pág. 6; Motolinia, en Icaz-balceta, pág. 130.

(4) Sahagun tom. 2, pág. 184-5.

Bañábanse frecuentemente en agua fría, así por gusto ó higiene, como por ciertos preceptos religiosos; no desconocían el uso de las aguas termales. Pero el baño característico de los nahoas era el de vapor, llamado *temazcalli*. “El *temazcalli* ó hipocausto mexicano, se fabrica por lo comun de ladrillos crudos. Su forma es muy semejante á la de los hornos de pan, pero con la diferencia que el pavimento del *temazcalli* es algo convexo y más bajo que la superficie del suelo, en lugar que el de nuestros hornos es llano y elevado, para mayor comodidad del panadero. Su mayor diámetro es de cerca de ocho piés, y su mayor elevacion de seis. Su entrada, semejante tambien á la boca de un horno, tiene la altura suficiente para que un hombre éntre de rodillas. En la parte opuesta á la entrada hay un hornillo de piedra ó ladrillos, con la boca hácia la parte exterior, y con un agujero en la superior, para dar salida al humo. La parte en que el hornillo se une al hipocausto, la cual tiene dos piés y medio en cuadro, está cerrada con piedra seca de *tetzontli*, ó con otra no ménos porosa que ella. En la parte superior de la bóveda, hay otro agujero como el de la hornilla. Tal es la estructura comun del *temazcalli*; pero hay otros que no tienen bóveda ni hornilla, y que se reducen á unas pequeñas piezas cuadrilongas, bien cubiertas y defendidas del aire.

“Lo primero que se hace ántes de bañarse es poner dentro del *temazcalli* una estera, en lugar de la cual los españoles ponen un colchon para más comodidad, un jarro de agua, y unas yerbas ú hojas de maíz. Despues se hace fuego en el hornillo, y se conserva encendido hasta que estén hechas ascua las piedras de que he hecho mencion. El que quiere bañarse entra ordinariamente desnudo, sólo ó acompañado de un sirviente, si su enfermedad lo exige ó así le acomoda. Inmediatamente cierra la entrada, dejando un poco abierto el agujero superior, á fin de que salga el humo que puede introducirse del hornillo, y cuando ha salido todo, lo cierra tambien. Entonces empieza á echar agua en la piedra encendida, de la que se alza un denso vapor, que va á ocupar la parte superior del *temazcalli*. Échase en seguida en la estera, y si tiene consigo un sirviente, éste atrae hácia abajo el vapor con las yerbas ó con el maíz, y con las mismas mojadas en el agua del jarro, que ya está tibia, golpea al enfermo en todo el cuerpo y sobre todo, en la parte dolorida. Inme-

diatamente se presenta un sudor copioso y suave, que se aumenta ó disminuye segun conviene. Conseguida la deseada evacuacion se deja salir el vapor, se abre la puertecilla, y se viste el enfermo; ó si no, bien cubierto lo llevan sobre la estera ó sobre el colchon á una pieza inmediata, pues siempre hay alguna habitacion en las cercanías del baño.” (1)

(1) Clavigero, tom. 1, pág. 338-9. Sahagun, tom. 3, pág. 236-7.